

FILOSOFÍA para decir

y dar que decir

Ubaldo Fernández



Ubaldo Fernández

FILOSOFÍA PARA DECIR Y
DAR QUE DECIR

EDICIONES DOCE CALLES

ÍNDICE

Biografía.....	11
Prólogo.....	13
Agradecimientos.....	15
Narraciones.....	17
I. La obligación.....	17
II. Un testigo singular.....	19
III. Visita al Olimpo.....	22
IV. Renato el metódico.....	30
V. Apostar por la sonrisa.....	33
VI. El otro yo.....	37
VII. Filosofía irracional sobre la muerte.....	46
VIII. La chica del bar.....	52
IX. La muñeca de trapo.....	54
X. Las hormigas (Un relato cuestionable).....	58
XI. Té con hierbabuena.....	63
XII. Traer a la memoria.....	66
XIII. El juramento de vasallaje.....	69
XIV. Una sonrisa ambigua.....	74
XV. Una silla de tijera.....	76
XVI. El peregrino del agua.....	81
XVII. La conferencia.....	85
XVIII. Briseida.....	87
XIX. Las lágrimas del olivo.....	89
XX. El niño mecánico.....	93
XXI. La frontera del pueblo.....	95
XXII. Las letras del travesaño.....	99
XXIII. Pupitres y tinteros.....	106
XXIV. Un refrán para hoy.....	108
XXV. Sobre el mensaje de S. Hawking.....	110
XXVI. El Juguete de agua.....	118
XXVII. La caída.....	121
XXVIII. La dulce penitencia.....	129
XXIX. Las cartulinas de colores.....	132
XXX. El otro viento.....	136
XXXI. Mariposas en el estómago.....	139
XXXII. El paraguas.....	148

XXXIII.	La curva del puente.....	151
XXXIV.	La obligada visita.....	157
XXXV.	El refugio metálico.....	159
XXXVI.	El azar y la necesidad.....	163
XXXVII.	La imagen.....	166
XXXVIII.	Curiosidad.....	168
XXXIX.	Los extraños inmortales.....	171
XL.	Pensamientos bajo tierra.....	173
XLI.	Vuelta a Dafne.....	175
XLII.	Parábola.....	177
XLIII.	El otro, siempre el otro.....	181
XLIV.	El tamaño de mármol blanco.....	183
XLV.	Filosofía del dolor.....	185
XLVI.	La margarita sin tallo.....	189
XLVII.	La sonrisa de cristal.....	192
XLVIII.	Las gafas de sol.....	195
XLIX.	Posdata con agua.....	197
Índice Onomástico.....		203

NARRACIONES

I. LA OBLIGACIÓN

La jovencísima muchacha estaba ahí, sentada entre un romero azul y tomillos morados, ahí, en medio de un pequeño cerro, ahí, con una margarita blanca de corazón amarillo. Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere... Distrajo su romántica tarea un murmullo de pasos lentos que pisaban tierra seca subiendo por una pequeña cuesta vigilada, en ambos lados, por altivos cipreses. Delante del pequeño grupo, no había más personas en la aldea, cuatro hombres soportaban el peso del que dormía, con un sueño sin imágenes, apartado del despertar.

Los bordes del ataúd rozaban con fuerza los hombros que, voluntariamente y con la fuerza de la amistad, soportaban el peso del que siempre había tenido unos kilos, bastantes, de más. Chirrió la verja negra con cerrojo de cruz. Ahí estaba el hoyo. Siempre había alguien que deseaba descansar y desaparecer en la tierra, poniendo tiempo y distancia, tiempo y tierra, entre él y los que luego volverían a casa. El hoyo, con su montón de tierra casi húmeda al lado, le recibió. El ataúd descendió lentamente rodeado por unas gruesas cuerdas y la madera fue golpeada por la tierra con pequeñas piedras que caía desde una pala casi oxidada. La muchacha había interrumpido la cuenta del me quiere, no me quiere... de la adivina margarita. Escuchó una voz con tono elevado.

—¡Adiós, saco de verdades!, dijo alguien de la primera fila del grupo.

—¿Qué dices?, preguntó el de la pala dejando por un momento su acelerado trabajo.

—Pues eso: que nunca dijo una verdad y se las llevó todas con él.

—¿Le estás llamando mentiroso ahora, precisamente en este momento?

—No, digo que se llevó todas sus verdades.

El que hacía de enterrador se apresuró en cubrir del todo el ataúd y no contestó. Los demás sólo se miraron con ojos de interrogación.

La muchacha y la margarita de corazón amarillo abandonaron el juego del amor. Esa misma noche la joven, ya con la sangre gorda, como dicen en el pueblo, recuerda esas palabras que escuchó, como un eco en el cerro, y en ese momento dejó de arrancar hojas blancas que llevaban un trozo de hermosura. ¿Qué ha querido decir esa persona?, se preguntaba esta aprendiz del amor. Cada vez apreciaba más estrellas a través de la ventana de su habitación y escuchaba una música de esferas lejanas, un remoto mensaje del eterno universo: «nadie puede marcharse con su sabiduría y enterrarla para siempre. El que conoce, el que sabe, tiene la obligación de repartir, como el arroyo de la aldea hace con su agua, de compartir, de enseñar lo que lleva dentro. Para bien, ojalá de todos, o para mal, ojalá de pocos».

Y la joven se durmió mientras el rocío de la madrugada regalaba nuevas hojas blancas a una margarita medio deshojada.

II. UN TESTIGO SINGULAR

Baja la escalera de un segundo piso. Mañana soleada, cielo azul que, si repite los pasos de ayer, acabará a media tarde con nubes oscuras que descargarán una lluvia torrencial de poca duración. Ella le sigue detrás, como no podía ser de otra forma, calcando el movimiento de sus brazos y siguiendo los pasos rápidos a la misma velocidad. Se ha parado para consultar algo en su teléfono móvil, ella se detiene también, imita los mismos movimientos cuando él guarda el teléfono. Se acerca al metro, baja las escaleras, ella desaparece. Próxima estación: Hospital Central, se oye por megafonía. Sale rápido subiendo unas empinadas escaleras.

—Está agonizando, comenta la hermana del paciente.

—¿Puedo verlo?, pregunta quien ha llegado del metro.

—No, no lo permiten. Lo siento. Márchate, tendrás cosas que hacer. Te aviso en su momento, vete tranquilo.

—¿Tranquilo?

Baja en el ascensor. Su cabeza es un infierno de dolor, de recuerdos de lo que pudo hacer y no hizo, esto es lo peor que nos puede suceder en estas ocasiones. Sale al sol y ella, la imitadora incansable, otra vez detrás de él. Se dirige al parque que rodea una parte del centro sanitario. Quiere estar solo, regar con sus lágrimas, antes de que lo haga la tormenta vespertina, la hierba, las flores ajadas y el tronco seco de los árboles. Deja su mochila en un banco, ella hace los mismos movimientos. Se levanta, da un par de pasos y se tapa la cara con las manos. Ella se levanta, da un par de pasos y se tapa la cara con las manos.

Un hombre, con una treintena de años en un cuerpo maltratado, se acerca al banco con sigilo, pisa, sin querer, una lata de cerveza medio enterrada en la arena que se extiende hasta un columpio infantil muy cerca del banco. El que llora, vuelto en sí por el ruido que ha producido la lata, se gira y tiene tiempo para dar un empujón al que ya alargaba su mano hacia la mochila. El presunto ladrón cae de espaldas y su cabeza golpea con fuerza uno de los barrotes de hierro del columpio. Ella ha hecho los mismos movimientos

que el que estaba llorando y también, ¿cómo no?, ha empujado al hombre de treinta años. Después del golpe ha caído al suelo, ojos abiertos, mirada muerta hacia una hilera negra de hormigas, corazón sin latidos.

El juez abre la sesión. Turno de preguntas.

—¿Había alguien más en el parque?

—No.

—¿Se declara usted culpable del asesinato?

—No. Sólo le empujé, de forma instintiva, para alejarle de mi mochila. Tengo en ella documentos muy importantes y comprometedores. Él quería llevársela. Además, yo no estaba en un buen momento, acababa de dejar medio corazón agonizando en el hospital. Ella lo sabe, es mi mejor testigo. Ahora no está aquí, tendríamos que salir a la calle.

—¿Ella?, ¿quién es ella?

—Mi sombra.

Un silencio prolongado inunda toda la sala. Observamos miradas de asombro en todos los rostros.

—Bueno, mi sombra..., yo..., ¿qué más da? Pero no me negará que es el mejor testigo.

Le han sentado en una silla de madera, esposado, con las manos en la espalda. Dos letrados pasan delante de él. ¿Me habrán entendido como ella me entiende?, se pregunta el ya culpable de asesinato. Si el juez lo supiese como lo sabe mi sombra, me hubiese declarado inocente. Lo sé, sí, más pierde mi amigo que habrá acabado ya su lucha, su agonía, y con él se va una parte de mí. La otra parte se quedará allá, en una celda, no sé por cuántos años, me lo comunicarán ahora. Es igual, yo soy inocente. No quería matarlo, sólo apartarle de mi mochila..., pero fue mi dolor, mi llanto, quien sacó una fuerza que yo no tengo. Ahora recuerdo aquella novela de ese escritor ruso que tanto sabía de crímenes y castigos. Por eso escribió que «si el juez fuese justo, el acusado sería inocente», lo recuerdo, lo recuerdo... Tendré mucho tiempo para meditar sobre ello. Mi sombra, mi sombra tenía que haber estado presente ahí

dentro. Ella cometió el mismo acto que yo, los mismos movimientos para empujar a ese pobre hombre.

A nuestro hombre, cuando le dejen salir al patio de la prisión y el sol ilumine el suelo caliente de cemento, la sombra que no se apartará de él, su amiga fiel, él mismo, le imitará en todos sus movimientos. Charlarán paseando, ida y vuelta por el mismo camino. Comprender, comprender... , si lográsemos comprender al hombre y sus circunstancias, seguro que no necesitaríamos hacer juicios sobre él. Sabríamos el porqué de sus actitudes... , tal vez entonces todos seríamos inocentes.

Cuando Helios conduce su carro de fuego detiene un instante sus ardientes caballos al pasar por encima del centro penitenciario. Mira hacia abajo y ve a un hombre, entre muchos, hablando apasionadamente con una dama de negro, una silueta semejante a él.

En estas páginas se esconden 49 regalos, envueltos en papel de seda y lazo de raso. Podrás abrirlos en el orden que prefieras, al ritmo que necesites. Incluso podrás hacerlo repetidas veces. Ninguna será igual a la anterior.

Cada relato, perdón, cada regalo encierra varios mensajes. No creas que serás capaz de descubrirlos todos en una primera lectura. No te inquietes. La buena noticia es que el autor en su generosidad (o en su clemencia) te ofrece una guía al final del libro en forma de Índice onomástico. Visitarás esa sección con avidez. A veces, comprenderás más. A veces, comprenderás mejor. Y a veces, dará igual lo que comprendas porque querrás seguir buscando fuera de este libro.

Encontrarás historias de amor, de búsqueda, de nostalgia, de reflexión... Pasearás por el dolor, por la alegría, por la duda, por el desconcierto... Cerrarás el libro en más de una ocasión para pensar sobre lo leído. Tómame tu tiempo y date varias oportunidades.

Carolina Fentanes



Doce Calles
EDICIONES

